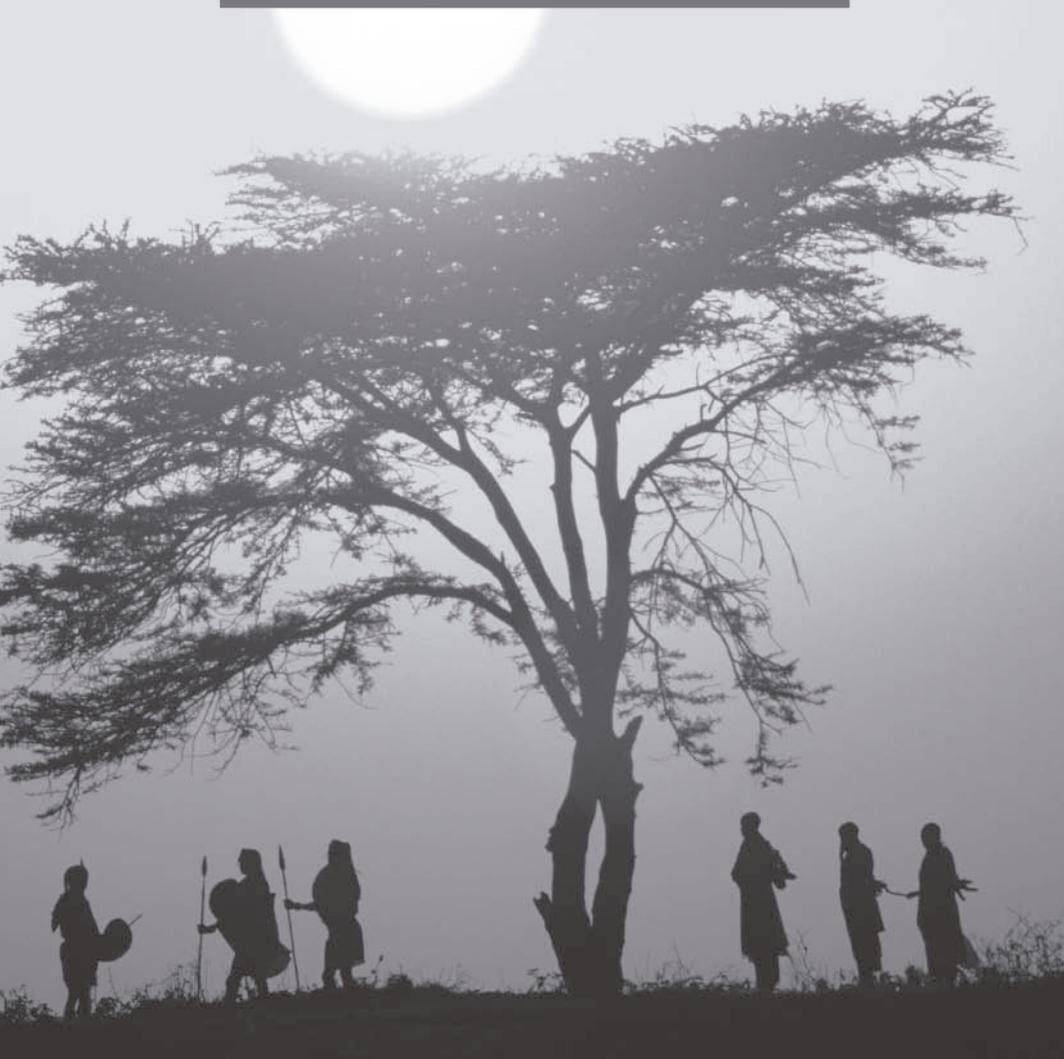


MISIÓN ADVENTISTA

Jóvenes y adultos

División Sudafricana y del Océano Índico

4° trimestre 2015



CONTENIDO

MALAUÍ

- 5 El trabajo más satisfactorio, parte 1 3 de octubre
7 El trabajo más satisfactorio, parte 2 10 de octubre
9 Una respuesta inesperada 17 de octubre

ZIMBABUE

- 11 Nada, excepto la fe, parte 1 24 de octubre
13 Nada, excepto la fe, parte 2 31 de octubre
15 Agrandar mi visión, parte 1 7 de noviembre
17 Agrandar mi visión, parte 2 14 de noviembre
19 La mano salvadora de Dios, parte 1 21 de noviembre
21 La mano salvadora de Dios, parte 2 28 de noviembre

BOTSUANA

- 23 El clamor del Kalahari, parte 1 5 de diciembre
25 El clamor del Kalahari, parte 2 12 de diciembre

OTRAS REGIONES DE ÁFRICA

- 27 Todas las cosas les ayudan a bien 19 de diciembre
29 Programa para el decimotercer sábado 26 de diciembre

DIVISIÓN SUDAFRICANA Y DEL OCEANO ÍNDICO

La División Sudafricana y del Océano Índico es la más reciente de las divisiones que componen la iglesia mundial. Su territorio incluye las naciones del sur de África y las de las islas del Océano Índico. Allí vi-

ven más de ciento cincuenta millones de personas, de los cuales poco más de dos millones son miembros de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Tenemos un adventista por cada 72 habitantes.

OPORTUNIDADES

Este trimestre, las ofrendas del decimotercer sábado ayudarán a:

- Construir una escuela primaria en Gateway, Botsuana.
- Construir un Centro de Salud en Gweru, Zimbabue.
- Ampliar el comedor de la Universidad Adventista Solusi, Zimbabue.

Consejero: Carlyle Bayne. Director: Pablo Marcelo Claverie. Redactor de la edición castellana: Ekel Collins. MISIÓN ADVENTISTA. JÓVENES Y ADULTOS es una publicación trimestral editada por su propietaria, la Asociación Casa Editora Sudamericana, para el Depto. de Escuela Sabática de las divisiones Sudamericana e Interamericana de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Impresa mediante el sistema *offset*, en talleres propios de Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires, República Argentina. Domicilio legal: Uriarte 2429, C1425FNI, Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Cuarto trimestre del año 2015 (octubre-diciembre de 2015).

Año 106, n° 4

—107462—

REGISTRO NACIONAL DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL N° 5218366	CORREO ARGENTINO Suc. Florida (B) y Central (B)
IMPRESO EN LA ARGENTINA	FRANQUEO A PAGAR Cuenta N° 10272

EL TRABAJO MÁS SATISFACTORIO, PARTE 1



Harry y Alex* trabajaban como guardias de seguridad en Malawi. Ellos a menudo buscaban maneras de acabar con el aburrimiento. Una noche, Alex dijo:

–Tengo una idea para ganar algo de dinero extra.

–Y ¿cuál es? –preguntó Harry, interesado.

–Podríamos usar nuestros rifles en un pequeño negocio alternativo –dijo Alex levantando su arma–. Los ricos tienen más de lo que necesitan, y nosotros necesitamos más de lo que recibimos. Podríamos tomar un poco de ellos para poder tener suficiente para nosotros.

Al comienzo, Harry no estaba muy seguro, pero finalmente su amigo lo convenció. Los dos irrumpieron en la casa de una familia rica, y se robaron el dinero que tenían y todo lo que pudieron llevarse con ellos. A los pocos días, robaron en más hogares. Hasta que una noche fueron capturados. Sentado en la cárcel, Harry se dio cuenta de la gravedad de sus crímenes. Los dos hombres fueron condenados a ocho años de trabajos forzados en una prisión de máxima seguridad, y enviados a prisiones separadas.

Harry llegó a la prisión decidido a escapar. Su camisa llevaba impresa la duración de su pena de prisión. Un día, Harry sobornó a otro preso para intercambiar sus camisas.

Así que, teniendo puesta su camisa nueva, con una fecha de liberación más corta, le fue asignado un trabajo de baja seguridad en el jardín de la prisión. Harry se dio cuenta de que todas las tardes el guardia tomaba una siesta mientras vigilaba. Un día, cuando el guardia estaba bostezando, Harry dejó caer su pala y corrió, y otros presos comenzaron a correr también.

Los guardias capturaron a todos los prisioneros, excepto a Harry, que se había escondido entre unas grandes piedras. Cuando llegó la noche, los guardias abandonaron la búsqueda y regresaron a la cárcel. De esta forma, Harry pudo arrastrarse silenciosamente y logró escapar.

Tiempo después encontró un empleo, y durante 18 meses trabajó arduamente y vivió sin problemas. Pero un día entró en la estación de autobuses y se encontró con la policía, que lo esperaba para llevarlo de vuelta a la cárcel. Ahora debía cumplir diez años de prisión.

Cuando Harry fue escoltado a su celda, se sorprendió al ver que su compañero sería Alex, su ex socio en el crimen.

—Hey, tengo una idea —dijo Alex después de que Harry se estableció en la celda.

—¿Cuál es tu idea? —preguntó Harry, sintiendo como si regresaran a los viejos tiempos.

Los muros de la prisión estaban hechos de ladrillos de barro con una gruesa capa de cemento sobre ellos. Harry y Alex decidieron cavar un pequeño túnel hacia el exterior. Les tomó solo tres días lograr traspasar la pared. Ambos esperaron hasta el anochecer, y luego se metieron por el agujero.

Todo parecía tranquilo, pero cuando trepaban la pared exterior, un guardia los vio y dio el grito de fuga. Los guardias los persiguieron, pero Harry y Alex les llevaban una buena ventaja.

Entonces, detuvieron un automóvil en la carretera, hicieron bajarse al conductor y se llevaron el automóvil. Condujeron hacia la ciudad y vendieron el automóvil por piezas. Pero alguien comenzó a sospechar y dio aviso a la policía. Alex escapó, pero Harry fue capturado. Esta vez fue enviado a una pequeña prisión en la que era vigilado muy de cerca. Esa decisión cambió su vida.

Continuará.

EL TRABAJO MÁS SATISFACTORIO, PARTE 2



Algunos misioneros visitaban la prisión cada semana para hablar a los presos acerca de Dios. Uno de los prisioneros invitó a Harry a unirse al grupo. Él asistió, pero su mente solo estaba enfocada en conseguir una manera de escapar de prisión. Un misionero le dio un libro llamado *El conflicto de los siglos*. Harry lo leyó, pero estaba seguro de que con todos los crímenes que había cometido Dios no se preocuparía por él.

Por las noches, algunos prisioneros cantaban y oraban desde sus celdas. Una noche, las palabras de una de las canciones tocaron su corazón. “De Dios vagaba lejos yo, vuelvo hoy a ti”, cantaban. En la oscuridad, las lágrimas comenzaron a caer sin control de los ojos de Harry. Entonces comenzó a sollozar. Lo mismo sucedió unas cuantas noches después. Harry se dio cuenta de que Dios lo estaba llamando para volver a casa, y que no podía rechazar esa invitación.

Al principio dudó de la decisión de unirse a un grupo religioso, ya que no sabía cuál de ellos enseñaba la verdad bíblica. Comenzó entonces a estudiar las diferentes religiones. Incluso aprendió árabe, para poder leer el Corán. Pero ninguna de estas religiones parecía sostener la verdad.

Entonces, Harry recordó el libro que había recibido. Lo sacó y comenzó a leerlo de nuevo. Al leer *El conflicto de los siglos* sintió que este libro le estaba enseñando la verdad.

Comenzó a reunirse con la clase bíblica de los adventistas. Se unió a la clase bautismal y se preparó para ser bautizado. Pero, debido a la reputación escapista de Harry, los guardias se negaron a permitirle salir para ser bautizado.

Un mes más tarde, Harry fue trasladado de nuevo a la prisión original de la que se había escapado. Cuando entró en la cárcel, los guardias lo saludaron. Algunos de ellos habían oído que Harry había cambiado, y lo observaban para comprobar que esto fuera cierto. Incluso sobornaron a otros presos para espíarlo.

Harry se alegró al saber que también en esta prisión se celebraban servicios de adoración adventista. Él se unió a ellos y continuó estudiando las lecciones de *La voz de la profecía* que había comenzado meses atrás. Finalmente, se le permitió ser bautizado.

Harry le escribió a su familia diciéndole que había entregado su vida a Dios. Cuando lo visitaron, se quedaron maravillados por los cambios que vieron en él. Cuando Harry oró con su familia, los guardias inclinaron la cabeza también para orar. Incluso lo dejaron

solo con su madre, porque estaban convencidos de que no trataría de escapar de nuevo.

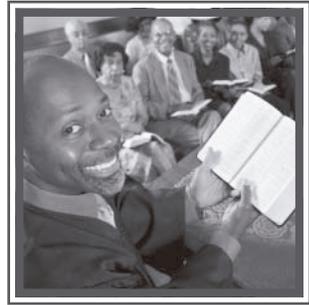
Así, comenzó un ministerio desde el interior de la prisión. Mantuvo reuniones, inscribió a otros presos en los cursos de *La voz de la profecía* y compartió los libros de Elena de White con otros presos. El grupo de adoración adventista en la cárcel creció. Alrededor de cien personas se habían unido al grupo cuando Harry fue puesto en libertad. Cuando regresó a su casa, comenzó a trabajar como colportor evangélico. Le encantaba compartir su fe con aquellos que conocía, y aún más llevarlos a Dios. “Llevar almas a los pies de Jesús es un nuevo y satisfactorio trabajo, mucho mejor que el que me llevó a la cárcel”, testimonia.

* Alex es un seudónimo.

Harry Mitengo vive en Liwonde, Malaui.

UNA RESPUESTA INESPERADA

Un pequeño grupo de adventistas en Malawi organizó una serie de reuniones de evangelización. En la primera noche de las reuniones, se decepcionaron cuando llegaron solo unas pocas personas. Oraron, pero la asistencia se mantenía en aproximadamente treinta personas. Algunos sugirieron que debían cancelarse las reuniones, pero el orador se negó. “Si oramos fervientemente, Dios hará que algo suceda”, afirmaba.



La siguiente noche, la reunión abrió con las mismas treinta personas. Cantaron y oraron, y el orador se puso de pie. De repente, una conmoción de aplausos y vítores ahogaron su voz.

La conmoción aumentó a medida que se acercaba al lugar de encuentro una multitud de personas que seguían al nyau, un adorador de espíritus, vestido con una sonora falda de paja, trapos y una máscara ornamental. El nyau probablemente se dirigía al cementerio.

Cuando el nyau se acercó, dejó de bailar y se volvió hacia el orador. La gente que lo seguía se detuvo, pero este no se movió. En lugar de ello, se apoyó en una pared. Al parecer, planificaba escuchar al evangelista. La gente que lo seguía aplaudiendo se detuvo y escuchó al orador, quien reanudó rápidamente su mensaje.

El nyau escuchó en silencio el resto del sermón. Alguien calculó que unas doscientas personas que lo seguían escucharon también aquella noche el mensaje. El orador estaba nervioso, pero continuó con su presentación sobre el sueño de Nabucodonosor en Daniel capítulo 2. Después de la oración final, el nyau y sus seguidores continuaron su camino hacia el cementerio.

La siguiente noche, la reunión comenzó con las mismas treinta personas, pero a medida que avanzaba el programa más personas comenzaron a llegar. Incluso el nyau, vestido con su máscara y su falda sonora, llegó con sus seguidores. Pero no se detuvo frente al lugar de encuentro en esta ocasión, sino que entró en la tienda y se sentó. Sus seguidores se sentaron también. El orador no estaba seguro de que el nyau fuera el mismo que había escuchado su mensaje el día anterior, pero reconoció a muchos de sus seguidores. Otros visitantes llegaron, curiosos por saber qué estaban predicando en su vecindario que generaba interés a un nyau. Esa noche, casi ochenta personas asistieron a la reunión.

La asistencia a las reuniones continuó aumentando. Unas noches después, el orador invitó a los oyentes a aceptar a Jesús como su Salvador, y 95 personas aceptaron a Jesús y pidieron estudios bíblicos.

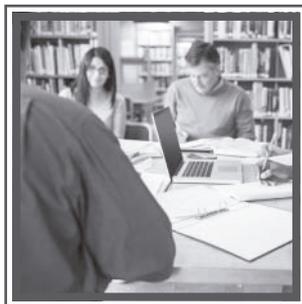
La siguiente noche, cerca de doscientas personas asistieron a la reunión; entre ellos, dos nyaus más, vestidos con ropas rasgadas y llevando ramas frondosas para cubrir sus rostros. Esta vez, cincuenta personas más respondieron al llamado de aceptar a Jesús.

Las reuniones continuaron durante 21 noches más, y también las clases bautismales. El día estipulado, 145 personas fueron bautizadas. Entre ellos estaba un hombre que se identificó como el nyau que había interrumpido la reunión al detenerse a escuchar la primera noche. Aquel hombre, que antes era nyau, hoy sigue siendo fiel a Jesús.

En la actualidad, el pequeño grupo que oró y trabajó para incrementar el número de miembros adora en una iglesia más grande. Su iglesia anterior era demasiado pequeña para dar cabida a los nuevos miembros y a todos los que siguieron llegando. La curiosidad por el mensaje atrajo a los adoradores del diablo para adorar al Dios vivo.

Willan Mkandawire es un laico activo en Lilongüe, Malaui.

NADA, EXCEPTO LA FE, PARTE I



John creció seguro de que Dios lo estaba llamando para convertirse en ministro. Cuando trató de ignorar o evitar el llamado, descubrió que no podía hacerlo.

En Zimbabue es casi imposible que un estudiante consiga trabajo, así que John decidió confiar en su madre para pagar sus cuotas escolares cuando se matriculó en la Universidad de Solusi, la Universidad Adventista de Zimbabue.

John amaba la evangelización y, por ello, durante sus vacaciones escolares inició diversos programas de extensión. Llevó a cabo reuniones de evangelización cortas en varias iglesias y se regocijó al ver que cien personas llegaron a los pies de Cristo.

Luego de las reuniones, y con el fin de prepararse para regresar a la escuela, John volvió a su casa, esperando tener el dinero completo para sus cuotas escolares, pero no fue así. Su madre le explicó que el negocio familiar no estaba marchando como debía.

—Tal vez tendrás que esperar un semestre para ir a la Universidad —sugirió.

—No te preocupes —le dijo John—; Dios es quién me llamó al ministerio, y él ayudará con mis cuotas escolares.

Con esta idea, empacó su maleta, le dio un beso de despedida a su madre y se subió al autobús que lo llevaría a Solusi. Llegaría sin suficiente dinero para comprar siquiera un boleto de autobús de vuelta a casa. No tenía nada, excepto su fe.

John llegó a Solusi demasiado tarde para matricularse, así que pasó la noche en la habitación compartida de un amigo. Al día siguiente fue a ver al decano de caballeros para que le asignara un dormitorio. El decano se mostró reacio a darle una habitación sin liquidación financiera. Pero él conocía a John, así que finalmente accedió.

—Aquí está la llave —dijo el decano—, pero si no has recibido la liquidación financiera antes de las cinco de la mañana, tendrás que mudarte.

John le dio las gracias y llevó sus cosas hasta la habitación. Antes de desempacar, se arrodilló y oró: “Dios, te doy gracias por el tiempo que me has otorgado en esta habitación. Si tú no pagas mi matrícula, tendré que irme mañana, por lo que hoy dependo totalmente de ti. Gracias por eso, Señor. Amén”.

Pronto escuchó que la hermana Jeremiah, una amiga y evangelista, estaba sosteniendo reuniones en la Universidad. Así que, fue a visitarla.

—¿Pagaste ya tu matrícula? —le preguntó la hermana Jeremiah.

—No —contestó sinceramente—, mi mamá aún no ha conseguido el dinero. He venido para que oremos por este asunto.

—No pidamos a Dios por el dinero —dijo la hermana Jeremiah—. Démosle gracias por proporcionar el dinero que necesitamos.

Así que, los dos se arrodillaron, y la hermana Jeremiah dio gracias a Dios por el dinero que John aún no había recibido.

El dinero no llegó ese día. Mientras John caminaba por la institución, varios amigos se detuvieron para preguntarle cómo iban las cosas. John no les habló sobre sus necesidades financieras, pero respondió, sonriendo: “Todo está bien; Dios está en el control”.

Una chica que conocía la situación de John intentó persuadirlo para que abandonara la Universidad, pero él respondió: “No trates de desanimarme. Dios proveerá”.

Llegada la hora de dormir, aún no había pasado nada. Pero John, confiado, colocó de nuevo su situación en manos de Dios y se fue a dormir.

Continuará.

NADA, EXCEPTO LA FE, PARTE 2

A la mañana siguiente, John asistió a un servicio de oración en la Universidad. La hermana Jeremiah estaba dirigiendo este servicio y pidió voluntarios para orar por todos los estudiantes. John oró por los estudiantes que tenían necesidades, y en silencio oró por su propia necesidad.



Un par de horas más tarde se encontró con un amigo.

—¿Cómo estás? ¿Está todo bien? —le preguntó su amigo.

—Sí —dijo John—, todo está bien. Dios está en el control.

—¿Cómo está tu mamá? —preguntó el amigo.

—Ella está bien —respondió John—, pero está preocupada por el pago de la escuela.

—¿Cuánto necesitas? —preguntó.

John necesitaba cincuenta mil dólares zimbabuenses para registrarse. Su amigo sacó algunos pula, la moneda de Botsuana.

—Aquí tienes 250 pula —dijo su amigo.

El dinero era equivalente a 25 mil dólares zimbabuenses. John le agradeció a su amigo con gusto y aceptó el dinero. “Bien, Señor. Ahora, ayúdame a convertir estos pula en suficientes dólares para poder matricularme”.

En cuestión de minutos, John encontró a alguien dispuesto a cambiar sus pulas por dólares zimbabuenses, de tal forma que obtuvo la mitad de la cantidad necesaria para inscribirse. John buscó con diligencia un teléfono para contarle a su madre que Dios había obrado un milagro.

—Mamá —dijo—, ¿puedes enviar a Mercy [su hermana] al banco a depositar 25 mil dólares?

—John —respondió ella—, tú sabes que no tengo el dinero.

—Simplemente envía a Mercy a la ciudad —respondió él—. Dios proveerá el dinero.

Su madre estaba perpleja, pero no le discutió el asunto. Si John tenía esa clase de fe, ella no se atrevería a dudar. Así que, le dijo a Mercy que fuera a la ciudad y esperara a que Dios le diera el dinero para John.

Mientras tanto, John fue a la ciudad para depositar en su cuenta bancaria los 25 mil dólares que había recibido en Solusi. Cuando llegó a la ciudad, llamó a su madre otra vez.

—¡He estado tratando de comunicarme contigo! —le dijo ella—. Mercy se encontró con uno de tus amigos de la ciudad; él le dijo que había prometido ayudarte con un poco de

dinero para la comida. Pero, cuando quiso buscarte, ya te habías ido a la escuela. Así que, habló con Mercy para depositarlo en tu cuenta. Cuando Mercy le contó sobre la gran cantidad de dinero que necesitabas, respondió que era más de lo que había planeado darte, pero cuando abrió su billetera, tenía más de 25 mil dólares. Así que, le dio el dinero a Mercy para ti. ¡Solo necesitamos saber tu número de cuenta en Solusi para poder depositarlo!

Los ojos de John se llenaron de lágrimas al ver la manera en que Dios estaba respondiendo sus oraciones. Le dio a su madre la información necesaria y agradeció a ambas por contribuir para que el milagro sucediera.

John corrió de regreso a la escuela y logró llegar unos pocos minutos antes de que la oficina de registro cerrara. Su corazón se sentía aliviado, y caminaba tranquilo al pensar en cómo Dios había obrado otro milagro en la vida de un joven que no tenía nada, excepto su fe.

Más de mil estudiantes están matriculados en la Universidad de Solusi. Muchos, como John, están allí por fe. La Universidad está creciendo considerablemente y se necesita más espacio en el comedor. Su ofrenda de decimotercer sábado contribuirá en esta misión. ¡Gracias!

John Mavesere era estudiante de Teología en la Universidad de Solusi en Zimbabue cuando esto fue escrito. Ahora, sirve al Señor en Zimbabue.

AGRANDAR MI VISIÓN, PARTE 1



Yo nunca tuve la intención de convertirme en cristiano. Conocí a Dios mientras estudiaba en un internado público. Allí veía a una chica y me interesé en ella. Un día tuve el coraje para invitarla a salir, así que fui a su sala de estudio para conocerla y convencerla de salir conmigo. Ya sabía que ella era cristiana, pero eso no me detuvo. Cuando entré en el salón, la encontré leyendo un folleto. Me senté a su lado y le pregunté qué estaba leyendo. Ella me ofreció uno de los panfletos y yo fingí leerlo solamente para impresionarla. Cuando le pedí una cita, ella se negó de manera sutil, pero me pidió que conservara el folleto. Más tarde, esa misma noche, me senté y lo leí. Era una lección de *La voz de la profecía* que hablaba sobre el infierno, y ese tema me inquietaba. Así que, casi no dormí esa noche.

A menudo estaba en problemas porque con frecuencia rompía las reglas de la escuela. El sábado por la mañana, un día después de haber abordado a esta chica para una cita, me dirigí al edificio de Administración para ver si me habían atrapado rompiendo alguna regla esa semana y me habían asignado alguna actividad disciplinaria.

Mientras revisaba la lista, un chico se acercó a mí y me invitó a ir a un servicio de adoración en el auditorio. Yo no había ido a la iglesia desde hacía diez años y no estaba interesado en las religiones. Pero, por alguna razón, acepté la invitación de este chico. Creo que incluso él se sorprendió cuando acepté. Caminamos por la escuela juntos y entramos en el auditorio. Entonces, me di cuenta de que la chica a la que le había perdido el día anterior que saliera conmigo era adventista.

Otra cosa muy extraña sucedió. Yo tenía dos dólares en el bolsillo que había destinado para beber algo de licor la noche del sábado. Pero, cuando pasó la cesta de la ofrenda, me sorprendí porque sin pensarlo coloqué los dos dólares en ella. Más tarde comprendí que esta acción me libró de beber ese fin de semana.

Descubrí que este grupo de estudiantes de secundaria hacía más que orar y cantar. Tenían un programa de Conquistadores bien establecido. Enseguida me interesé en lo que hacían, así que me quedé hasta la tarde y lo vi.

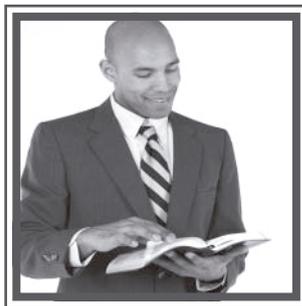
A la semana siguiente me uní al Club de Conquistadores, y todo el mundo se sorprendió.

Aunque no había aceptado la invitación para asistir a la iglesia de la chica que me gustaba, me alegré cuando la vi en la iglesia. Ella se hizo mi amiga y me ayudó a sentirme como en casa en las reuniones de la iglesia. Aun así, ella se negaba a salir conmigo.

Desde el primer día que asistí a la iglesia decidí dejar de fumar y beber. Gracias a Dios, nunca he fumado o bebido de nuevo. Decidí separarme de los viejos amigos, lo cual me trajo problemas debido a mi nuevo interés religioso. En múltiples ocasiones me pidieron ir a beber con ellos e hicieron todo lo posible para conseguir que volviera. Pero me negué. Hice nuevos amigos en la iglesia. Varios meses más tarde entregué mi vida a Cristo a través del bautismo. En ese momento tan solo tenía 17 años.

Continuará.

AGRANDAR MI VISIÓN, PARTE 2



Cuando terminé la escuela secundaria, trabajé como colporteur durante tres años. Un día, visité un hospital y allí vi a alguien que me resultaba familiar. Apenas lo reconocí; era uno de mis antiguos compañeros de copas y amigo de infancia. Estaba muriendo de tuberculosis debido al sida. Me quedé mirándolo atónito mientras yacía allí inconsciente. Era demasiado tarde para compartir a Cristo con él, pero no podía dejar de pensar que, si hubiese resistido al llamado de Dios, podría ser yo quien estuviera acostado en su lugar. Mi amigo de infancia murió pocos días después. Esta experiencia profundizó mi convicción de responder al llamado de Dios cuando sea y donde sea. Ya que aplazarlo podría significar la muerte de otros.

Decidí ser un colporteur por el resto de mi vida. Después de todo, había sido la página impresa la que había influido en mí para aceptar a Cristo. Pero el campo local me llamó para ser pastor de tres iglesias. No tenía formación como ministro y nunca había pensado en hacer este tipo de trabajo. Luché para decidir si aceptar este llamado, ya que según mi pensar no estaba en la dirección que Dios me había estado conduciendo. Sin embargo, finalmente acepté.

Después de estar en el ministerio durante varios años, la Asociación me animó a estudiar en la Universidad de Solusi. Durante las vacaciones escolares realicé reuniones de evangelización donde me llamaron a ir. Se corrió la voz de que estaba dispuesto a ir donde me enviaran, y enseguida vinieron más invitaciones. Descubrí que esto era lo que me gustaba.

Durante una especialización sobre evangelismo, un orador nos desafió a ampliar nuestra visión acerca de cómo Dios puede usarnos. “No se limiten y no limiten a Dios”, decía. Las palabras del orador se me quedaron grabadas. Pero ¿cómo podía ampliar mi visión de lo que Dios esperaba de mí? ¡Él ya había hecho mucho más de lo que pensaba que sería posible!

Varios meses después, recibí una llamada para realizar reuniones de evangelismo en Sudáfrica. Miré el calendario y noté que las fechas que me dieron coincidían con las fechas de los exámenes finales. Debido a mi oración para que Dios expandiera mi territorio, no les hablé a las personas de Sudáfrica de mi dilema, pero ayuné y oré para que Dios obrara su voluntad en este asunto.

Tenía la convicción de que él abriría el camino. Sabía que las fechas de las reuniones no eran cambiantes, y también sabía que no podía cambiar mis horarios de exámenes.

Pero Dios estaba trabajando en mi causa: al poco tiempo supe que mis exámenes habían sido aplazados una semana completa. Así que, pude realizar mis exámenes y también el evangelismo en Sudáfrica.

Las reuniones fueron una bendición. Diecinueve personas entregaron su vida a Cristo. Ciertamente Dios ha aumentado mi territorio, ha ampliado mi visión y ha transformado a un pecador sin valor en un instrumento dispuesto a darle paso al gran poder de Dios.

Moses Muyunda completó sus estudios teológicos y ahora sirve como ministro ordenado en Zambia.

LA MANO SALVADORA DE DIOS, PARTE 1



Wesley Banda era pastor en varias aldeas de Malauí. La familia vivía en una casa de dos habitaciones. Debido a que el área no tenía electricidad, la señora Banda preparaba las comidas para la familia fuera de la casa, en un fogón sobre leña.

Una noche después de la cena, la señora Banda volvió a su fogón para preparar *sadza* (una espesa papilla de harina de maíz), para la comida de la mañana. Su marido estaba sentado enfrente, en el salón familiar, trabajando con algunos documentos. Los niños se sentaron en silencio en el salón para esperar el devocional familiar, y Josué, de cinco años, se quedó dormido en la alfombra a los pies de su padre.

Cuando el pastor Banda encendió la lámpara de parafina, su única fuente de luz, la llama farfulló, y se dio cuenta de que el combustible se estaba agotando. Fue a buscar la parafina y comenzó a abastecer el tanque. Pero no sabía que la parafina estaba contaminada con una pequeña cantidad de gasolina. Mientras vertía el combustible en el depósito, los vapores de la lámpara se incendiaron y la lámpara explotó en sus manos.

Instintivamente el pastor Banda lanzó la lámpara, pero su ropa se estaba incendiando. La señora Banda escuchó la explosión y levantó la vista, y vio a su marido atravesando la puerta con su ropa en llamas. Inmediatamente le lanzó una olla de agua sobre la ropa en llamas y el pastor rodó por el suelo. Pronto el fuego estaba apagado.

Los niños salieron de la casa corriendo y gritando: “¡Fuego! ¡Fuego!” La lámpara había incendiado el cuarto delantero. En medio del alboroto, nadie notó que el pequeño Josué faltaba. Momentos después, la señora Banda miró hacia la puerta y vio a Josué que se arrastraba fuera de la casa con sus ropas ardiendo. Ella gritó y tomó en brazos a su pequeño hijo, y lo dejó caer en una olla con agua. El fuego se apagó, pero Josué quedó terriblemente quemado.

Los vecinos salieron corriendo de sus casas para ver qué sucedía. Se apresuraron a apagar el fuego. Sin embargo, la mayoría de las pertenencias de la familia habían sido destruidas.

En aquel pueblo no había hospital o clínica, por lo que un vecino corrió a la casa de un granjero que tenía un vehículo. Llamaron a su puerta y le pidieron su ayuda inmediata. Él llevó a toda velocidad a la familia Banda al hospital más cercano. Aun así, era casi medianoche cuando llegaron a la sala de emergencias del hospital. Habían pasado más de cuatro horas desde la explosión.

Los médicos negaban con la cabeza mientras examinaban las quemaduras que el pastor y su hijo habían sufrido. Las quemaduras del pastor Banda eran graves, pero el pequeño Josué estaba aún más herido de gravedad. Las terribles quemaduras cubrían sus piernas, estómago y pecho. Un pequeño movimiento conllevaba gritos de dolor por parte del niño. Incluso mientras trabajaban para salvar la vida del padre y de su hijo, algunos de los médicos preparaban a la familia para la probabilidad de que Josué no sobreviviera.

—Estamos haciendo todo lo posible por su hijo —dijo el doctor cautelosamente—. Pero tiene quemaduras tan terribles que sería una bendición si muriera.

—¡No! —dijo con firmeza la señora—, Dios le ha salvado la vida. Haga lo que deba hacer, pero Dios salvará a mi hijo.

Continuará.

LA MANO SALVADORA DE DIOS, PARTE 2



El tratamiento de las heridas era casi tan doloroso como las propias quemaduras. Cada día, las enfermeras retiraban las vendas y sumergían las quemaduras en agua salada. Luego raspaban suavemente las quemaduras para quitar la piel muerta. Eso ayudaría a prevenir una infección. Las enfermeras enseñaron a la señora Banda cómo debía lavar las heridas y aplicar el medicamento. Ella se quedó en el hospital con su esposo y su hijo, para prepararles la comida y ayudar a cuidarlos.

Después de dos largos meses, el pastor Banda insistió en que ya no podía permanecer en el hospital. Sus músculos eran débiles, y apenas podía caminar, pero estaba preocupado por los miembros de su iglesia.

El pastor Banda regresó a su casa, pero Josué y su madre permanecieron en el hospital durante cuatro meses más. Cada día su madre le hablaba con dulzura mientras limpiaba y vendaba sus heridas. Su presencia fortalecía al chico y le daba esperanza.

Era difícil para la familia separarse durante tantos meses. No podían visitarse, pero podían orar.

Después de seis meses Josué fue trasladado a un hospital de rehabilitación, donde estuvo otros tres meses recibiendo terapia física. No podía caminar, pero aprendió a arrastrar los pies con ayuda de una andadera. Su madre comenzó una nueva rutina de tratamiento diario en la que empapaba sus piernas con agua tibia, y luego estiraba sus músculos. Fue doloroso, pero instó a Josué a cantar en vez de llorar.

Finalmente, Josué estuvo listo para volver a casa. Su madre continuó su tratamiento y lo animó a caminar. Cuando veía a sus amigos jugando fuera, él anhelaba irse a jugar con ellos. Después de un año de recuperación y terapia, Josué logró caminar sin ayuda.

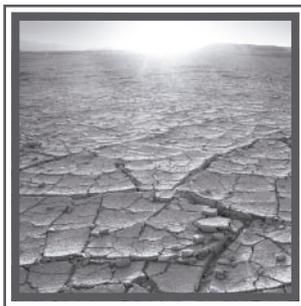
La recuperación del pastor Banda también tomó mucho tiempo. Los músculos de sus piernas dañadas no se estiraban lo suficiente para permitirle andar en bicicleta. Y esto hacía que fuera muy difícil para él ir de una iglesia a otra en el campo. Pero sus iglesias continuaron creciendo en tamaño y en la fe.

El pastor Banda sabe que, a lo largo de su terrible experiencia, Dios estaba al lado de cada miembro de su familia, dándoles aliento, bendición y sanidad. “Dios nos bendijo incluso en la hora más difícil. Cuando salí del hospital y volví a trabajar, la iglesia prosperó aún más, y más personas llegaron a la iglesia que las que habían estado viniendo antes del incendio”.

La señora Banda también agradeció las bendiciones de Dios durante la terrible experiencia. “Doy gracias a Dios por salvar a mi marido y a mi hijo. Esta experiencia me enseñó la importancia de pasar más tiempo con mi familia. Yo nunca había reparado en algunas cualidades especiales del pequeño Josué que vi cuando estaba en el hospital. Por ejemplo, tiene un talento maravilloso para cantar, que no había apreciado del todo hasta que lo escuché cantar mientras se encontraba confinado en cama. Durante nuestra larga estancia hospitalaria, tuvimos tiempo para llegar a ser buenos amigos, y también amigos de Dios”.

Wesley Banda terminó sus estudios en la Universidad de Solusi en Zimbabue, y actualmente es un ministro ordenado que trabaja en Malaui. Mientras vivían en Solusi, **Oliva Banda** también tomó algunas clases, según le permitía su tiempo.

EL CLAMOR DEL KALAHARI, PARTE 1



Las ondas de calor bailaban sobre las ardientes arenas. Un pequeño aborigen bosquimano se dirigía resueltamente hacia el este a través del vasto desierto del Kalahari, mirando de vez en cuando una pequeña nube gris que estaba delante de él. Sekoba estaba obedeciendo las instrucciones que le habían sido dadas a través de un sueño. Un ángel le había dado instrucciones para que buscara a un hombre llamado William, que le hablaría del Dios verdadero.

Así como los sabios siguieron una estrella, Sekoba siguió la nube hasta que se detuvo sobre un pueblo. Pero, cuando les contó a los habitantes de la aldea su sueño, se burlaron y se rieron de él.

Esa noche, el ángel se le apareció de nuevo y le dijo que continuara su viaje hacia el este. Después de viajar por el desierto durante casi un mes, Sekoba encontró al pastor William Moyo, quien también había sido preparado para su venida a través de un sueño.

Durante varias semanas, el pastor William le habló a Sekoba de Dios. A su vez, el aborigen le contó la maravillosa historia de cómo Dios lo había guiado. Cuando era joven, había sentido un fuerte impulso a aprender a leer y escribir, por lo que ahora podía leer la Biblia del pastor William por sí mismo.

Varios años antes, en un momento en que los leones hambrientos estaban matando mucho ganado, sintió que había un poder superior que controlaba a los leones. Así que, oró a ese poder superior, y los leones abandonaron el área. Cuando se enteró del cristianismo y comenzó a buscar a Dios, un ángel en un sueño lo llevó hasta el pastor William.

Luego de que Sekoba aprendió las buenas noticias del evangelio, invitó al pastor William a volver con él para que le hablara al resto de su familia y los preparara para el bautismo. De esta forma, en un campamento en 1948 fueron bautizados los primeros conversos entre los aborígenes.

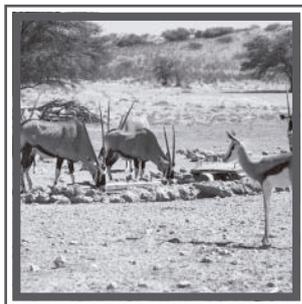
Los bosquimanos son una raza de baja estatura, con un promedio de un metro y medio de altura, que tradicionalmente deambulan en pequeños grupos de caza y de recolección de frutos silvestres. Son un pueblo nómada que ha aprendido a sobrevivir en la región desértica de Botsuana.

El clima de Botsuana es generalmente árido. El desierto de Kalahari, que cubre la parte suroeste del país, recibe menos de veinte centímetros de lluvia al año. Durante muchos

años, han tenido contacto con los adventistas del séptimo día a través de los médicos del hospital Kanye. En la siguiente historia, el Dr. K. Seligman habla sobre uno de estos encuentros.

Continuará.

EL CLAMOR DEL KALAHARI, PARTE 2



El sol del desierto caía inmisericorde sobre el pequeño hombre que se arrastraba con su arco. Debido a su fina apariencia arrugada, se podría suponer que era un hombre de unos setenta años, pero su cuerpo estaba acostumbrado a la escasez de alimentos y agua, y sus reflejos eran rápidos como un rayo.

Apoyándose en la sabiduría de sus antepasados, se acercó con cautela a la pequeña manada de ciervos que pastaban. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, montó una flecha envenenada en su arco, apuntó cuidadosamente y la dejó volar. Dio en el blanco, pero la piel del ciervo estaba dura, y la flecha no penetró profundamente. El ciervo miró a su alrededor y seguidamente embistió al bosquimano, alzándolo con sus terribles cuernos y corneándolo hasta que sus intestinos colgaron fuera de su abdomen, cubiertos de arena y gravilla.

Luego de que el ciervo se fue, el bosquimano se levantó y, apretando la masa sucia de intestinos hacia sí, se dirigió a la única ayuda que conocía: el hospital adventista, ¡que se encontraba a kilómetros de distancia!

Apenas tenía conciencia cuando llegó al recinto hospitalario. El personal, horrorizado, lo llevó de emergencia a la sala de operaciones, maravillándose de la resistencia extrema de este hombre para llegar hasta allí.

El cirujano oró fervientemente mientras limpiaba los intestinos, los colocaba en la cavidad abdominal y suturaba la herida hasta cerrarla. Él sabía que solo Dios podía curar al bosquimano.

Con el cuidado de las enfermeras y mucha oración, finalmente el hombre se recuperó y regresó con su familia, dejando al personal del hospital con una pregunta en sus mentes: ¿Habría él también aprendido del amor de Dios durante su estadía en el hospital?

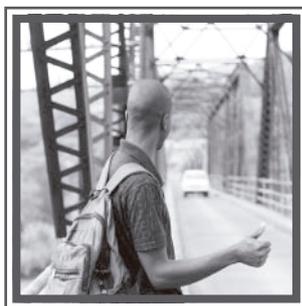
Varios meses más tarde, un hombre pequeño con una horrible cicatriz en su abdomen llegó al hospital con una cadena de piedras de un metro de largo, un laborioso trabajo artesanal hecho con herramientas primitivas, como expresión de gratitud hacia el médico que le salvó la vida.

Parte de las ofrendas del decimotercer sábado de este trimestre ayudarán a establecer una escuela primaria adventista del séptimo día en Botsuana. Por favor, haga planes para

dar generosamente en el decimotercer sábado, o a través de nuestra página de Internet: giving.adventistmission.org [en inglés].

El Dr. K. Seligman es un médico practicante en Gaborone, Botsuana.

TODAS LAS COSAS LES AYUDAN A BIEN



Como muchos jóvenes en África, Siyoka había emigrado de su pueblo natal a una ciudad más grande en busca de empleo. Vivía con unos parientes, y enviaba cada centavo que podía para sostener a su madre viuda y a sus dos hermanos menores.

La música fue principalmente lo que lo atrajo a las reuniones celebradas por el pastor Mbená; pero, cuando escuchó hablar de Jesús, Siyoka no podía dejar de pensar en lo maravilloso que sería para él ir al cielo. Se preguntaba cómo sería nunca tener hambre, estar triste, solo o tener miedo de nuevo.

Cuando las reuniones terminaron, Siyoka decidió volver a casa e ir a la escuela. Tal vez, algún día, podría convertirse en un pastor también. El anciano local, que se hizo cargo de dar seguimiento a los que habían asistido a la reunión, pensó que Siyoka había perdido el interés cuando se fue de la ciudad. Siyoka aceptó todos los trabajos que encontró, para pagar su matrícula escolar, mientras se preocupaba también por el huerto familiar. Pero ese año las lluvias cesaron. Tristemente, los aldeanos vieron sus cultivos marchitarse y morir. A veces había nubes e incluso un poco de lluvia, pero no lluvias continuas o abundantes para dar vida a la tierra estéril.

El hambre era terrible. Muchos murieron y, muchos otros, incluyendo a Siyoka, se enfermaron. Su madre, desesperada, al ver que estaba a punto de morir, logró llevarlo al hospital de la ciudad más cercana.

Allí, el pastor Mbená, visitando algunos de los miembros de su iglesia, lo encontró.

Luego de relatar estos acontecimientos, la cara delgada de Siyoka se iluminó y dijo en un susurro débil:

—Dios es bueno, pastor Mbená. Él no permitió que muriera en la hambruna y ahora viviré para ver a mi gente bautizarse. Usted irá a mi pueblo, ¿no es así?

—Sí, Siyoka, iré a tu pueblo y realizaremos algunas reuniones para que tu gente pueda aprender de Jesús —contestó el pastor calurosamente.

—¡Oh! ¡Ellos ya conocen a Jesús, pastor! —aseguró Siyoka con seriedad—. Hay 25 personas listas para ser bautizadas. Les conté todo lo que aprendí cuando asistí a sus reuniones y les enseñé las canciones también. Me reuní con ellos cada sábado. Incluso cuando el hambre era muy fuerte, oramos, y Dios respondió nuestras oraciones. Él me trajo aquí para que yo pudiera encontrarme con usted. ¿Cuándo puede venir?

El pastor Mbena apenas podía creer lo que escuchaba. Este muchacho, que había tenido tan poca oportunidad de aprender, ¡se había convertido en un predicador de la palabra de Dios! Cuando Siyoka estuvo lo suficientemente recuperado como para volver a su casa, el pastor lo acompañó. Visitó a las personas que Siyoka le señaló, y encontró que habían sido muy bien enseñados. ¡Fue maravilloso el día cuando Siyoka y sus 25 conversos fueron bautizados!

Esta historia fue escrita por **Charlotte Ishkanian**.

PROGRAMA PARA EL DECIMOTERCER SÁBADO

Un narrador y dos lectores. *[Los expositores no necesitan memorizar su parte, pero deben estar lo suficientemente familiarizados con ella como para poder presentarla con confianza.]*

Un gran mapa de la División Sudafricana y del Océano Índico. *[Se puede escanear el mapa de la última página de la publicación trimestral o descargarlo en www.AdventistMission.org y proyectarlo en una pantalla. También se puede dibujar un mapa en una cartulina.]*

* * *

Narrador 1: Este trimestre, nuestras ofrendas misioneras van destinadas a la División Sudafricana y del Océano Índico. El objetivo principal es ayudar a las instituciones educativas y sanitarias que la Iglesia Adventista tiene en los países de este territorio.

Escuchemos un relato titulado “Una escuela de la noche a la mañana”, que muestra claramente cómo la educación ha desempeñado un papel fundamental en el establecimiento de la Iglesia Adventista en Zambia. Zambia es uno de los países que forman parte de esta División del sur de África.

Lector 1: Cuando el señor Anderson y su esposa llegaron a Zambia, no lo hicieron en avión ni tampoco en auto. Viajaron en una carreta tirada por un tozudo buey. Después de varios días de viaje por caminos polvorientos y llenos de baches, los viajeros llegaron finalmente al lugar que el jefe del poblado había cedido a la Iglesia Adventista para que estableciera allí una escuela primaria.

Mientras la señora Anderson recogía leña para preparar la cena, su esposo recorrió la propiedad para ver cuál sería el mejor lugar para construir la escuela. Había tanto por hacer...

Lo primero era aprender el idioma local, para poder comunicarse con la gente. Lo segundo, encontrar quien los ayudara a talar árboles y a construir la escuela. No parecía una tarea fácil... El señor Anderson también quería aprender las técnicas de agricultura que utilizaban los lugareños, para iniciar una granja-escuela. “Si trabajo duro —pensaba él—, puedo abrir la escuela en dos años”.

Lector 2: Pero, aquel mismo día, un niño se le acercó y le dijo:

—Maestro, he venido a estudiar en su escuela.

Al menos, así se lo tradujo uno de los ayudantes de Anderson.

—¿En mi escuela!? —exclamó el señor Anderson—. ¡Pero si todavía no tenemos ninguna escuela!

—¿Acaso no es usted maestro? —le preguntó el niño.

El señor Anderson asintió, y entonces el pequeño añadió:

—Pues, entonces, enseñeme.

Y no se movió de allí. Siguió al señor Anderson hasta la carreta donde su esposa estaba preparando la cena.

—Este niño quiere ir a la escuela —dijo Anderson a su esposa moviendo la cabeza con preocupación—. No se irá a su casa hasta que yo le enseñe.

Lector 1:

—¿Alguna vez envió Jesús a alguien a su casa sin darle lo que le pedía? —preguntó la señora Anderson a su esposo.

Y él entendió el mensaje. El niño quería estudiar, aunque el señor Anderson no tenía libros, ni escuela, ni hablaba el idioma local. Lo único que tenía era una pizarra y unos lápices.

Al día siguiente llegaron cuatro niños más, pidiendo ir a la escuela. Y así fue como comenzó todo. El señor Anderson puso a los muchachos a trabajar la tierra y a construir una cabaña. Tras un día entero de trabajo, tanto los niños como el maestro se sentaron alrededor del fuego para comenzar la primera clase.

Palabra por palabra, el señor Anderson iba aprendiendo con los niños el idioma local, el chitonga, y escribía todo tal como sonaba. Entonces copiaba los sonidos en la pizarra y enseñaba a los niños a escribir.

Pronto el señor Anderson sabía el suficiente chitonga como para contarles a los niños algunos relatos de la Biblia, y ellos podían leer algunas palabras en su propio idioma.

Comenzaron a llegar más niños, y la escuela creció rápidamente. En un solo mes llegaron cuarenta alumnos, tanto niños como niñas. El señor Anderson escribió re-

latos de la Biblia como el de la Creación o el Diluvio, para que los niños pudieran leerlos en su propio idioma. Cuando los alumnos recibieron sus primeros “libros” con relatos de la Biblia en chitonga, los memorizaron. ¡Eran unos estudiantes excelentes!

A medida que aprendían, los alumnos seguían construyendo la escuela y la granja. Plantaron maíz y hortalizas, y ayudaron a levantar el primer dormitorio con paredes de barro y techo de paja. También construyeron el comedor, un salón de clases y una iglesia. Y de las cajas de su propia mudanza, el señor Anderson hizo una mesa que colocó en el dormitorio. Por las noches, los niños dormían en el suelo.

Lector 2: Pero había tantos niños que no cabían en aquel dormitorio. Un sábado, después del servicio de culto, el director vio llegar a cinco nuevos niños. Sabía que querían estudiar, pero ya no había espacio para ellos. Sin embargo, cuando supo que habían caminado casi trescientos kilómetros para asistir a la nueva escuela, se encogió de hombros y preguntó:

—¿Qué vamos a hacer?

—Los alumnos que se sienten en el suelo, donde duermen por las noches. Pero cuando llegue la estación lluviosa no podremos hacer nada, porque no tenemos tejado —le contestó Detja, su ayudante africano.

Detja siguió pensando por un momento, y entonces añadió:

—Maestro, el piso está lleno de niños, pero ninguno duerme sobre la mesa.

Así que, en los cinco meses siguientes,

aquella mesa sirvió no solo para comer y estudiar, sino también para dormir durante las noches. Así lograron tener más espacio para albergar a más niños.

Lector 1: Los niños aprendían rápidamente, y las historias del amor de Jesús les encantaban. Así, sus corazones fueron cambiando. El famoso doctor Livingstone, que fue misionero en África, dijo en una ocasión que si alguna vez lograban cambiar los corazones del pueblo bantú sería un milagro de Dios. Y eso fue exactamente lo que ocurrió. Los niños del pueblo bantú cambiaron completamente al conocer a Jesús, gracias a aquella escuela que no era más que una caseta de barro y paja.

Aquellos alumnos fueron los primeros de la Escuela Adventista Rusangu, que sigue hoy en pie y continúa enseñando a los niños el amor de Jesús.

Lector 2: El edificio original, hecho de barro y paja, ha sido reemplazado por otro de cemento con techo metálico. Y en el mismo terreno hay una escuela secundaria y una universidad con internado, que recibirá parte de las ofrendas del decimotercer sábado de este trimestre para construir un biblioteca.

Narrador: Nuestras ofrendas de hoy ayudarán a construir también una escuela primaria en el norte de Botsuana. Esta escuela es muy necesaria, ya que no hay ninguna escuela adventista en todo el norte del país. Los valores que se transmiten en la educación adventista son muy importantes para el desarrollo de una población. Además, muchos de los alumnos que asisten a escuelas adventistas deciden bautizarse, y con su testimonio llevan a sus familiares y

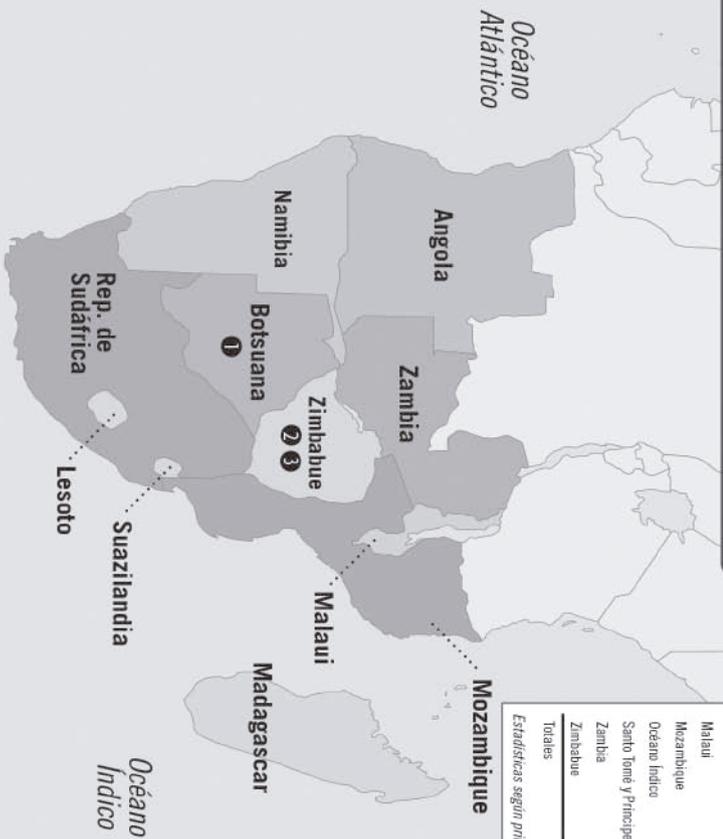
a sus amigos a la iglesia. Esta nueva escuela adventista servirá, por lo tanto, como un foco misionero que conquiste a muchas familias para Cristo.

Lector 1: Además de construir la Escuela Primaria Adventista Gateway en Botsuana, nuestras ofrendas de hoy ayudarán a los alumnos de la Universidad de Solusi, en Zimbabue, que cada día abarrotan un comedor demasiado pequeño. Desde que fue fundada en 1894, esta universidad se ha ido llenando, hasta el punto que hoy tiene catorce mil alumnos. La Universidad de Solusi fue la primera institución privada de educación superior de todo Zimbabue. Nuestras ofrendas de hoy ayudarán a ampliar el comedor para que más estudiantes puedan alimentarse en las debidas condiciones.

Lector 2: Nuestras instituciones de salud también son muy importantes; por eso, nuestra ofrenda de hoy ayudará a fundar un centro de salud en Gweru, Zimbabue. Esta clínica proveerá servicios a los miembros de la comunidad, desde los más pobres hasta los más ricos. Incluirá una unidad de pediatría que atenderá a los niños del lugar.

Narrador: Pues ya hemos oído los retos y las oportunidades que tiene nuestra Iglesia en la División Sudafricana y del Océano Índico. Seamos generosos con nuestras ofrendas para que la gente de Botsuana y Zimbabue pueda llevar a muchos a los pies de Jesús.

DIVISIÓN SUDAFRICANA Y DEL OCEANO ÍNDICO



UNIONES	IGLESIAS	CONGREGACIONES	MIEMBROS	POBLACION
Africana del Sur	1173	425	150.458	58.877.000
Angola Nororiental	407	599	142.182	8.654.000
Angola Suroccidental	724	1.218	242.446	12.981.000
Botswana	124	95	37.827	1.866.000
Malawi	1.366	1.681	429.950	16.338.000
Mozambique	1.029	1.622	315.181	24.358.000
Océano Índico	842	1.177	130.205	25.802.000
Santo Tomé y Príncipe	9	40	4.991	188.000
Zambia	2.319	3.695	944.898	14.187.000
Zimbabwe	1.468	2.605	772.560	13.038.000
Totales	9.461	13.157	3.170.678	176.267.000

Estadísticas según primer trimestre 2014

Proyectos

- 1 Escuela Primaria Adventista Gateway, en Botsuana
- 2 Centro de Salud Adventista Gweru, en Zimbabwe
- 3 Extensión del comedor estudiantil en la Universidad Adventista Solusi, Zimbabwe



H0000008545